

# LOS MANUSCRITOS DEL NUEVO TESTAMENTO

(CONCLUSION)

Luis Conde, S. I.

## El papiro, precursor del papel

La planta *cyperus papyrus L.* es una especie de junco umbelado, de unos tres metros de altura y con un tallo que alcanza, a veces, el grosor de un brazo. Crece abundante en Egipto y en sitios calientes y húmedos. Su médula estriada y esponjosa, cortada finamente a lo largo del estípite, daba cintas fi-

brasas, que, puestas una junto a otra y prensadas o pegadas con otra capa semejante de fibras cruzadas al dorso, proporcionaban hojas magníficamente aptas para recibir cualquier tinta y escritura (1).

Empalmadas sucesivamente, se formaban los típicos rollos de papiro donde se archivaban los textos sagrados y literarios. O bien estas hojas, plegadas en dos e insertadas unas en otras en forma de cuadernillos, se reunían para componer un libro o códice. Fue precisamente este segundo sistema el que adoptaron con preferencia las primitivas comunidades cristianas para consignar allí los escritos evangélicos. Así lo ha demostrado el análisis de los más antiguos manuscritos cristianos descubiertos recientemente. El sistema de códice encuadrado aventajaba nota-

(1) W. SCHUBART, *Papyrus*, Pauly-Wissowa, Realencyclopädie, 36, II (Stuttgart 1949) 1116-1118. En la primera parte de nuestro artículo (Proyección 27 [1960] 276-281), presentábamos los códices unciales del s. IV y s. V que nos conservan el texto bíblico. En este número describimos algunos papiros neotestamentarios del s. III y s. II.



blemente por su manejabilidad, su solidez y capacidad al tradicional método de volúmenes enrollados sobre una varita. Por otra parte, es natural que el papiro prevaleciese sobre el pergamino en la confección de estos libros cristianos, pues proceden generalmente de Egipto, el país proveedor de este material. En Occidente, en cambio, fue menos utilizado: era un producto de importación y el pergamino les resultaba más asequible (2).

### Los códices de papiro del S. III

Fueron los ingleses Grenfell y Hunt los primeros que encontraron en OXIRINCO (1896-7) vestigios de los mencionados códices de papiro (3).

Treinta y cuatro años más tarde (1930), el conocido coleccionista de manuscritos CHESTER BEATTY visitaba el Cairo. Le ofrecen un lote de papiros. Estaban—dice—dentro de varios jarrones enterrados entre ruinas. Tal vez, el emplazamiento de una iglesia o cementerio, allá, en los alrededores de Afroditópolis, en la orilla oriental del Nilo, frente al Fayyum. Chester Beatty adquiere los documentos. KENYON, conspicuo especialista del Museo Británico, los estudia. Son tres papiros de la primera mitad del siglo tercero (P. 45, 46, 47). Magnífica adquisición. Arcaica y voluminosa. Restos de tres códices con extensos pasajes de los cuatro Evangelios, Hechos de los Apóstoles, Cartas de Pablo y Apocalipsis. Es decir, notables partes substanciales de todo el Nuevo Testamento, contemporáneas de Orígenes (185-254) y S. Cipriano (200-258) (4).

(2) V. MARTIN, *P. Bodmer II*, Genève 1956, pg. 8-9. La utilización del papiro en Grecia no va más allá del s. V a. C.

(3) MALDFELD-MEYZER, *Detailed list of the Greek papyri of the New Testament*, Journ. Bibl. Literat. 68 (1949) 359-370; LAGRANGE, *Critique textuelle du N. T.*, II, pg. 118; FREDERIK KENTON, *Our Bible and the Ancient Manuscripts*, London. 1958, 5.<sup>a</sup> ed., págs. 185-6.

(4) KENTON, *La Biblia y los recientes descubrimientos arqueológicos*. Madrid 1947, pg. 8-12; LAGRANGE, *Revue Biblique*, 42 (1933)353; 43 (1934) 4-12; 161-172; 481-494.

Pero el Cuarto Evangelio —el discutidísimo Evangelio de Juan— quedaba mal representado en el lote de Chester Beatty. El azar —la Providencia— lo ha reivindicado enérgicamente en nuestros días. La aparición del Papiro *Bodmer II* viene felizmente a restituirnos un códice en estado de conservación excepcional: 108 páginas consecutivas que contienen los primeros catorce capítulos de San Juan y fragmentos de todos los restantes. Códice de un formato más bien reducido y casi cuadrado (16,2 × 14,2), semejante al de otros manuscritos bíblicos encontrados. Lo cual parece confirmar la opinión de que, en los círculos cristianos primitivos, gustaban los tamaños pequeños, probablemente por razones de comodidad. Tales ejemplares eran más fáciles de disimular en una época en que la religión cristiana era todavía mirada con sospecha por la autoridad romana. ¿De dónde procede? Aseguran que del Monasterio ortodoxo de Sta. Catalina en el Monte Sinaí. Lo cierto es que fué adquirido por Martín Bodmer para su biblioteca de Cologny, cerca de Ginebra. Los expertos, a cuyo examen se han sometido las fotografías del códice, están de acuerdo en atribuirle una fecha de transcripción alrededor del a. 200 (5).

Junto a los colosos de la papirología bíblica, surgieron sin anécdota en España (1956) dos minúsculos fragmentos. De exigua entidad —poco más de dos y 25 cms.<sup>2</sup> respectivamente— no dejan de interesarnos. Aunque mutilados, no son despreciables en arqueología 38 líneas del Evangelio de San Mateo (cap. 3 y 5), pertenecientes a dos folios consecutivos de un códice del siglo III. El hallazgo de Roca-Puig viene a sumarse a la lista nutrida de papiros bíblicos de este siglo: un total de 18 documentos

(5) VICTOR MARTIN, *Papyrus Bodmer II*, *Evangile de Jean*, chap. 14-21, Genève 1958; M. E. BOISMARD, *Rev. Bibl.* 64 (1957) 363-398; Hechos y Dichos, 263 (1958) 141-3.

neotestamentarios entre los años 200-300 (6).

### Una datación cierta

Intencionadamente omitimos la enumeración del famoso fragmento de *Dura Europos*. No es un papiro, ni mera transcripción de los Evangelios. Se trata de una exigua porción en pergamino del *Diatessaron* de TACIANO (7). Pero su datación es cierta. Apareció allá, en un rincón lejano de Siria, a orillas del Eufrates, entre las ruinas de una vieja fortaleza romana. En el año 1933 se realizaban excavaciones en el terraplén de las murallas. Soterrado por el material de escombros aparece un pergamino: Catorce líneas en caracteres griegos. Las deducciones de los arqueólogos son evidentes: anterior al a. 256. ¿Por qué? En esta fecha el rey persa, Sapor I, capturó definitivamente la ciudadela romana. Con anterioridad, la guarnición defensora, a fin de reforzar las fortificaciones de Dura Europos, había demolido entre otros edificios, la iglesia cristiana. Sin duda, pertenecía a su biblioteca este afortunado fragmento rescatado después de dieciseis siglos. El texto

conservado ha sido la petición de José de Arimatea del cuerpo de Jesús (8).

### La hipótesis de Alfredo Loisy

Con el P. Bodmer —en las proximidades del a. 200— alcanzamos la época de S. Ireneo (ca. 140-ca. 202). Reflexión interesante. Pensemos que Ireneo es Obispo de Lyon y discípulo de S. Policarpo. Y en el corazón y los escritos de Policarpo, el gran obispo de Esmirna (70?-156), ya percibimos el eco de su maestro, Juan, que fue, a su vez, discípulo del Señor (9). El siglo II es un siglo de *emocionante empalme* con la tradición apostólica. Todo hallazgo arqueológico datado en esta fecha y tangente a los Evangelios adquiere un prominente relieve. Sobre todo, cuando el descubrimiento surge en un escenario de polémica.

Ferdinand Christian Baur fue el líder del movimiento racionalista. Profesor en el seminario protestante de Blauberger (Alemania), ocupó en 1826 la cátedra de Historia de la Iglesia y de los Dogmas en la Facultad de Teología Protestante de la Universidad de Tubinga, durante 34 años. Respecto al Cuarto Evangelio, propugnaba como fecha de composición el período entre el a. 160-170. Pero ya en 1893 el racionalista Heinrich Julius Holtzmann constataba un *retroceso de posiciones* en la tesis defendida por Baur y sus discípulos de la Escuela de Tubinga (10). Adoptaron un nuevo frente: la zona que media entre principios del siglo primero y el a. 125. Renan, por ejemplo, defendía el a. 126. En este escena-

(6) R. ROCA PUIG, *Un papiro griego del Evangelio de S. Mateo*, Sabadell 1956. Puede consultarse el reciente catálogo de papiros del Nuevo Testamento en: B. BOTTE, *Papyrus bibliques*, DB (S), Fasc. 34, 1109-1120, Paris 1960; cfr. también, S. BARTINA, *Catálogo de los papiros neotestamentarios*, Cultura bíblica, 17 (1960) 214-222. Según estos catálogos podemos contar 18 papiros adjudicados al s. III, y 9 con fecha dudosa entre el s. III y s. IV. El último clasificado es el P 72: un papiro con fragmentos de Jud., 1 Pet., 2 Pet., publicado por M. Testuz en la biblioteca Bodmer de Ginebra.

(7) TACIANO, escritor cristiano del s. II, nacido en Siria o Mesopotamia. Vino después a Roma, donde frecuentó la escuela de S. Justino mártir (ca. 100-163). A Taciano debemos el *Diatessaron*, compilación de los cuatro Evangelios en una sola narración según el esquema cronológico del evangelio de S. Juan. Es el trabajo más antiguo de este género hasta ahora conocido y realizado con gran pericia. Cfr. ERMENEGLIDO FLORIT, *Parlano anche i papi-ri*, Roma 2.<sup>a</sup> ed. 1943.

(8) LAGRANGE, *Deux nouveaux textes relatifs à l'Évangile*, Rév. Bibl. 44 (1935) 321-343; KENYON, *La Biblia y los recientes descubrimientos arqueológicos*, Madrid 1947, pg. 14.

(9) Ireneo, discípulo de Policarpo: IRENEO, *Adversus haereses*, 3, 3, 4; ROUET DE JOURNAL, *Ench. Patr.* 212. Policarpo, discípulo de Juan: IRENEO, *frag. 2 ex Epist. ad Florinum*; ROUET, *Ench. Patr.* 264. Juan, discípulo de Jesús: 1 Jn. 1, 1-3; Jn. 1, 35-40; Mt. 10, 2...

(10) M. LEPIN, *L'origine du Quatrième Évangile*, Paris 1910, 3.<sup>a</sup> ed. pg. 35-45.

rio de honrada *claudicación* frente a la tesis católica que propugnaba las proximidades del año 100, la figura de Alfred Loisy desempeña un papel, que si no fuese demasiado dramático, lo podríamos llamar cómico. Loisy es un protagonista de nuestros días. Murió en 1940, cuando los ejércitos hitlerianos se apoderaban victoriosos de la capital de Francia. En 1933 publicaba en París su libro *Naissance du Christianisme*. En él afirmaba que el Cuarto Evangelio se había formado en dos etapas. Habría tenido una doble edición: una preliminar, nacida hacia el a. 135-140; la segunda —que es nuestro texto canónico— puesta en circulación el a. 160. Con gran sorpresa de Loisy, dos años más tarde de esta peregrina hipótesis, se publicaban unos comprometedores papiros: el Papyrus Rylands y el Papyrus Egerton 2.

### El papiro Egerton 2

El 23 de enero de 1935 apareció en las columnas del *Times* un artículo del profesor H. IDRIS BELL, conservador de manuscritos en el *British Museum* de Londres. Anunciaba la adquisición en el verano precedente de unos fragmentos de papiro a expensas de dicho museo. Pertenecían a cierto evangelio hasta entonces desconocido y provenían de Egipto, tal vez, de Oxirinco. Se trataba del famosísimo *P. Egerton 2*, así denominado por el nombre de la persona que lo adquirió en Egipto (11). El documento consta de tres hojas de papiro pertenecientes originariamente a un códice, y recoge cuatro episodios de la vida de N. S. Es un mosaico de pasajes selectos, tomados bien de la tradición oral, bien de nuestros Cuatro Evangelios. En los versículos del Papiro *Egerton* es fácil descubrir un parentesco literal con las discusiones entre Jesús y los fariseos que nos refiere San Juan, y los pasajes de los Sinópticos sobre la

(11) UGO GALLIZIA, *Aegyptus* 36 (1956) 213; LAGRANGE, *Rév. Bibl.* 4 (1935) 321-343; FLORIT, o. c. p. 12-20.

curación de un leproso y el tributo al César. Pero lo más relevante de tal documento es su notable antigüedad. Especialistas, acatólicos, cuya seriedad y objetividad no se puede poner en duda, después de haberlo cuidadosamente examinado, hacen remontar el papiro a la mitad del siglo segundo, más bien antes que después.

¿Qué opinaría Loisy al tener noticia de la publicación de Idris Bell? Porque un manuscrito redactado hacia el año 140, y que selecciona pasajes de nuestros Cuatro Evangelios, supone, sin duda, la anterior existencia de sus fuentes. Es decir, el Evangelio de Juan existiría ya, en pura ciencia arqueológica, cuando menos en el año 130. ¡Loisy, no obstante, había señalado doctoralmente el 160! Pero su estupor había de ingurgitar aún nuevas dosis de sorpresa. Dos meses después de la publicación del *P. Egerton*, C. H. ROBERT, miembro del Colegio de S. Juan de Oxford, editó el célebre papiro Ryland 247, todavía más antiguo (12).

### El papiro Rylands

Un fragmento minúsculo. Catorce líneas incompletas correspondientes al coloquio de Pilatos con Jesús sobre el poder real (Jn. 18, 31-38). No se puede definir con certidumbre el lugar de procedencia del fragmento. Venía incluido en un paquete de papiros traídos por Grenfell de Egipto. Probablemente se encontró en la región del Fayyum (a 115 kilómetros de El Cairo) o en la próxima zona de Oxirinco (la actual El-Bahnasa) en el Medio Egipto. Sus aportaciones a la crítica textual son escasas, casi nulas. Su valor radica en ser *el testimonio más antiguo* que conservamos del texto de los Evangelios. Parece que su única función ha sido la de testimoniar apodícticamente frente a la Escuela racionalista de Tubinga la fecha tradicional de composición del Evangelio de San Juan. Usando la frase

(12) A. MERK, *Biblica* 17 (1936) 99-101.

evangélica, que se lee en el mismo fragmento, diríamos que este papiro ha venido "ut testimonium perhibeam veritatis": para dar testimonio de la verdad. Eminentes paleógrafos, habiéndolo examinado independientemente, convergen en la datación del papiro. Kenyon, director del Museo Británico; Idris Bell, del mismo museo; W. Schubart, de la Universidad de Berlín; Roberts, editor del manuscrito; A. Deissmann, insigne especialista en papirología; estos cinco críticos no católicos atribuyen el documento a los primeros decenios del siglo II. Más aún, Deissmann y su colega de Berlín, Schubart, no dudaron en afirmar que *podría incluso datarse el P. Rylands 457 hacia finales del siglo primero*, o en el período del predecesor de Adriano (13). El predecesor es Trajano (a. 98-117). Ahora bien, precisamente durante el reinado de este emperador es tradición que murió S. Juan Apóstol (14). Pero no es necesario adoptar esta datación más favorable, aunque más insegura, para alcanzar la época de San Juan. Basta reflexionar sobre el hecho de que en los primeros decenios del siglo segundo vivía una comunidad cristiana en el Egipto Medio, a más de 100 kms. de El Cairo y en la cual se leía y transcribía el Cuarto Evangelio en su lengua original (griego) y según un texto idéntico al actual. Como, según testimonio expreso de los escritores antiguos de finales del s. II y del s. III, ese Cuarto Evangelio fue compuesto por S. Juan Apóstol en la capital del Asia proconsular romana, en Efeso (15), es lógico pensar que algún tiempo tardó en emigrar, después de varias transcripciones.

(13) FLORIT, o. c. p. 28.

(14) IRENEO, *Adv. haeres.* II, 22, 5; EUSEBIO, *Hist. Eccl.* III, 18 (M. G. 20, 251); S. JERONIMO, *De vir. illustr.* (M. L. 23, 265); ROSADINI, *Introd. gen. et in evang.* 4.<sup>a</sup> ed. 249-250.

(15) IRENEO, *Adv. haeres.* III, 1, 1 (M. G. 7, 844; R. 208); ROSADINI, o. c. p. 249-250; LEPIN, o. c. p. 59-179; JACQUIER, *Histoire des Livres du Nouveau Testament*, t. IV, Paris 1926, 6.<sup>a</sup> ed. pg. 148-9. Cfr. citas de la nota anterior.

a la comunidad cristiana del Egipto Medio, distante unos 1.000 kms. Por consiguiente, no parece imprudente situar la existencia del Cuarto Evangelio algunos años antes de los primeros decenios del s. II. Este congruente intervalo de tiempo nos conduce a *finales del s. I*, época en que los partidarios de la autenticidad han colocado siempre la composición del Cuarto Evangelio (16).

¿Cómo reaccionó Loisy? Siete años después de la publicación de los dos "molestos" documentos, reaparece en Turín (1942) la versión italiana "*Le orígenes del Cristianesimo*" sin mutación alguna en la fecha del Cuarto Evangelio. Loisy no pudo o no creyó conveniente modificar las afirmaciones de su libro, irreconciliable con el hecho, avalado por dos papiros, de que el Evangelio de Juan era conocido en Egipto al principio del s. II (17).

Este episodio de la historiografía de los orígenes del cuarto Evangelio es sintomático. Nos revela la situación funcional de la investigación crítica racionalista respecto de actitudes previas adoptadas. El afán crítico pierde a veces su autonomía y va a la zaga de compromisos ineludibles o prejuicios inveterados.

#### Puntos de referencia

Hemos presentado el catálogo de los manuscritos griegos más destacados del Nuevo Testamento (18). Ahora bien, no podremos calibrar adecuadamente la magnitud de su valor arqueológico si carecemos de un punto de referencia.

(16) LEPIN, o. c. p. 59.

(17) U. GALLIZIA, l. c. p. 213.

(18) No queremos dejar sin mención el P. 64 del Magdalene College de Oxford. Se trata de tres fragmentos de la misma hoja de un códice, que contienen algunas líneas de Mt. 26. Fueron datados por Huleatt en 1901 como pertenecientes al s. III. Recientes investigaciones del profesor C. H. Roberts, refrendadas por los especialistas H. Bell y T. C. Skeat, lo clasifican como un documento de finales del s. II (C. H. ROBERTS, *An early papyrus of the first Gospel*, Harvard Theological Review, 46 (1953) 233-237.

La colosal estatura del Everest escapa a nuestra constatación, si no destacamos su talla sobre la orografía de nuestro entorno. Por eso juzgo de gran interés confrontar algunos datos de la historiografía romana. Alinear junto a las arcaicas dataciones de nuestros manuscritos las de los grandes historiadores de Roma. Y desde este nivel cronológico apreciar la prominente mole documental de nuestros libros sagrados. Y esto es tanto más conveniente cuanto que nos amaga siempre la tentación del hipercriticismo: aplicar a objetos y fenómenos históricos esquemas físico-matemáticos. Incongruente aberración de método, causa de situaciones caliginosas en toda investigación. En la zona preliminar al dogma en que desarrollamos nuestro artículo, no concedemos a los Evangelios y demás escritos del Nuevo Testamento otro valor que el que se concede a cualquier documento histórico en plena exigencia crítica. Para que nuestra mente capte mejor esta dimensión científica, es por lo que juzgamos oportuno el siguiente parangón.

### 1.340 años después de Tácito

Weiss, al abordar en su *Historia Universal* la integridad de costumbres de los primitivos pueblos germánicos, toma como fuente calificada a Cayo Cornelio Tácito en su obra "*Germania*", donde atestigua la escasez de adulterios y repulsa del control de natalidad (19). A la misma fuente recurren todos los historiadores más competentes. Recuerdo la rápida alusión que Menéndez-Pidal hace en su *Historia de España* a la indumentaria guerrera de los germanos: la mayoría utilizaban corazas de lino y una minoría coraza de malla (20). Y cita también la *Germania* de Tácito. Sin embargo, los siete manuscritos más importantes que nos que-

dan de este libro fundamental para la historia de Germania son copias hechas en el siglo XV de un manuscrito del siglo IX y hoy perdido. Durante muchos siglos permanecieron en el olvido las obras menores de Tácito (*Germania*, *Agrícola*, *De Oratoribus*). Por fin, en el año 1425, un monje del monasterio de Hersfeld (Alemania) visitó en Roma a Francisco Poggio, secretario papal. Este insigne humanista rogó vehementemente al monje le enviara el catálogo de los códices conservados en el monasterio. Por este inventario se conoció en los cultos ambientes renacentistas de Italia la existencia de la *Germania* de Tácito. El códice *Hersfeldense* fue transcrito, según parece, en el monasterio de Hersfeld o el de Fulda, entre los años 830 y 850. Pero, como ya hemos indicado, este códice se ha perdido. Sólo quedan siete manuscritos "descendientes" de él, copiados en el s. XV. Por ejemplo, el *codex Perizonianus* (B) conservado en la Biblioteca de la Universidad de Leyde y fechado en 1460. Es decir, el documento más autorizado que hoy nos queda en favor de la autenticidad textual de la *Germania* de Tácito es 1.340 años posterior a su muerte (a. 54-120) (21) (22).

### La base histórica de Theodor Mommsen

A formarnos una más ajustada criteriología histórica puede también contribuir esta verificación de citas en la copulenta obra de Theodor Mommsen (1817-1903), catedrático de Historia Antigua en la Universidad de Berlín y Premio Nobel de Literatura en 1902.

Al estudiar la escenografía del teatro en la época de Escipión Emiliano, Los Gracos, Mario y Sila, Plauto y Te-

(21) ERICUS KOESTERMANN, *Cornelius Tacitus, Germania, Agrícola, Dialogus de oratoribus, Praefatio, Lipsiae* (Bibl. Teubneriana) 1957, pg. V y X.

(22) N. J. HERESCU, *Bibliographie de la Littérature latine*, Paris (Les Belles, Lettres) 1943, pgs. 49-50 y 308.

rencia... va confirmando sus eruditas afirmaciones con frecuentes citas de las fuentes literarias romanas (23). En el reducido párrafo a que aludo (poco más de una página) he contado siete: Tito Livio, Vitruvio, Plauto, Tácito, Horacio, Plinio, Cicerón. Si investigamos curiosamente la datación de los manuscritos más antiguos que hoy conservamos de dichas obras citadas por Mommsen, constataremos que se intercala un espacio de tiempo que supera, en la mayoría de los casos, los 800 años. Ocho siglos entre el autógrafo latino y el manuscrito archivado. En este lapso de siglos, ningún testigo superviviente del texto clásico aducido. No obstante, la crítica textual lo tiene por auténtico e historiadores de la talla intelectual de Mommsen lo insertan a la base de su obra.

#### La presencia del Maestro

Nos encontramos ante un *caso insólito* en la historiografía. Caso tan excepcional como su mismo protagonista, Jesús de Nazaret. Sobre la base de tal

(23) TH. MOMMSEN, *Historia de Roma*, II, Madrid (Aguilar) 1955, pg. 519-521.

(24) Cfr. HERESCU, o. c.

documentación (25) y siguiendo los principios de la más moderna crítica textual, se puede reconstruir la redacción original. No conservamos los manuscrito autógrafo. Pero poseemos hoy día las mismas palabras de la Escritura, en lo substancial y en la mayor parte de lo accidental. A través de este texto, nuestra devoción siente la presencia del Maestro; y manejando códices tan venerables, experimentamos, en esbozo, la emoción de aquel privilegiado discípulo que pudo ver y tocar al Verbo de la Vida (26).

(25) En el presente artículo nos hemos limitado a presentar algunos de los más destacados manuscritos del texto griego por su extensión o antigüedad. El número global de los manuscritos griegos del Nuevo Testamento que actualmente conocemos se eleva a unos 3.500. De ellos hay 1.491 en minúscula y 239 en mayúscula. Añádanse todavía unos 1.748 leccionarios (libros de pasajes bíblicos destinados al culto litúrgico) y 64 papiros. Unos 50 manuscritos contienen todo el Nuevo Testamento. (Cfr. ALFRED WIKENHAUSER, *Introducción al Nuevo Testamento*, Barcelona (Herder) 1960, p. 77). A los 64 papiros a que alude Wikenhauser, hay que añadir ya otros ocho más. En estos 72 papiros conocidos hasta ahora, ha aparecido la mitad aproximadamente de todo el Nuevo Testamento. Están representados todos los libros, excepto 2 Tm. y 3 Jn. (Cfr. BARTINA, l. c. y B. BOTTE, l. c.).

(26) 1 Jn. 1, 1-2.

